

Un reflejo de fe

Vladimir López



Un reflejo de fe

Capítulo 1

Un reflejo de fe

En la aldea Misericordia, existe un recitar muy predictivo. Todo habitante, desde el más grande, hasta el más pequeño, es acatado por la ley incandescente. Sometidos a defender el honor de la aldea, no importa el sacrificio a dar, la obligación es obtenida, al momento de ser concebido en estas tierras, sus tierras.

El viento sopla con fuerza; sacude al árbol, sacude al gremio.

En la colina de los arándanos, se encuentra Gustavo, un joven campesino de la aldea, dedicado a la cosecha de los frutos, huérfano a los ocho años, y adoptado por la vieja del caserío. Gustavo proclama noche tras noche, una respuesta al señor de los cielos, un mensaje, un algo que le argumente, porque tanto sufrimiento, porque tanto sacrificio.

Una tarde; de regreso a la aldea, Gustavo es testigo de aquel rayo de luz, que alumbro al cielo, convirtiendo en fuego aquellos árboles y animales, que estaban en medio de su camino. Corrió al objetivo, lo más rápido que pudo. Al llegar pudo presenciar a una mujer con tegumentacion morena, cabello blanco como la leche y unos ojos verdes como las hojas de la moringa. Gustavo estaba anonadado por aquel descubrimiento, por ver aquella mujer levantarse de la tierra, desnuda y en posición erecta para emprender un viaje. Con el cuerpo tembloroso se acercó a la mujer que cayó de los cielos, y amablemente pregunto:

-¿Está usted bien?

Fue un tiempo de silencio, fue un momento donde los latidos se escuchaban con eco, alrededor de ellos. Y Gustavo pensó, tal vez es humano como yo, o tal vez posee un corazón por ser alguien puro. La mujer volteo y se acercó lentamente a Gustavo, tomo su cara con sus dos manos; un contraste impresionante de tonalidades: ella de un color parecido a la tierra que da vida a la flora de la colina, y Gustavo de un color parecido a la harina del pan horneado por las mañanas. Lo miro fijamente a los ojos, lo respiro para sentir su esencia, para sentir su alma, para percibir bondad en aquel cuerpo. Gustavo entumecido de miedo, no corrió, no hablo, no produjo el más mínimo ruido. La mujer emitió un sonido parecido al aúllo del canino, al despedirse de su amo. Gustavo, desconcertado, por no entender el mensaje que la mujer quería transmitirle, no pensó, solo actuó y aúllo de la misma manera en que ella lo hizo. La mujer sorprendida por percibir la astucia de aquella criatura que sus ojos contemplaban, respondió, sonrió y con un tono muy suave

respondio al idioma de Gustavo, diciendo:

- Soy ese mensaje que proclamas noche tras noche, soy esa fe que aún vive en ti, soy aquella bondad que percibo en ti.

De pronto la mirada de Gustavo se humedeció, rompiendo en llanto. Abrazo a la mujer, acurrucándose entre sus brazos, al igual que un niño proclamando el amor de su madre. La mujer fue recíproca a la acción de afecto, le acaricio su cabello y canto aquella canción, que Gustavo recordaba, de aquel 4 de julio:

Los tambores retumban en la colina

Las aves vuelan hacia la colina

La salvación está en la colina

Y mi amor vive en la colina.

Un reflejo de fe es igual a la motivación, mientras exista hay esperanza. La vida está hecha de un sendero pavimentado de granadas, de ti depende esquivar y creer. Los milagros no existen, pero hay algo similar a lo que llamamos milagro, es el querer poder y el querer creer.

Vladimir López.